

El tiempo apremia en Iraq

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 28.01.07

Estamos presenciando cómo se hace historia, una historia que cambiará el mundo". Con este tipo de retórica triunfalista se expresaba Bush ante el Congreso el 20 de enero del 2005, en el discurso anual sobre el estado de la Unión. Todo ha cambiado desde entonces. El discurso de este año ha tenido un tono muy distinto. El presidente que se presentaba como el elegido por la providencia para llevar a Estados Unidos hacia el cumplimiento de un destino de alta significación histórica se encuentra ahora afectado por un pronunciado declive. No es ni la sombra de lo que fue. Son tantas las adversidades que se ciernen sobre él, que si se repasaran sus parlamentos, declaraciones y discursos de todo orden que ha prodigado desde los terribles atentados del 11 de septiembre del 2001, se volverían contra él con escándalo.

Bush llegó a alcanzar cotas extraordinariamente altas en las encuestas públicas. Hasta de un 87 por ciento en la opinión favorable. Actualmente oscilan entre un 26 o un 30 por ciento. El descenso ha sido de vértigo. Y, por si fuera poco, las elecciones parlamentarias del 7 de noviembre dieron mayoría a la oposición demócrata en la Cámara de Representantes y el Senado. Con el agravante de que son ya bastantes los congresistas republicanos refractarios a alinearse incondicionalmente con el presidente cuando no abiertamente discrepantes. Para un presidente que está a dos años de tener que abandonar su mandato, ya de sí causa escasamente óptima para marcar rumbos al país, lo dicho supone una situación difícilmente superable.

Hay una razón para que sea así: Iraq. Allí Bush ha dilapidado todo el capital de credibilidad de que disponía a su favor. Aparece como un presidente que ha situado a su país al borde de uno de sus momentos de mayor descontento propio y de menor estima internacional. Salir de este bache no parece estar ya al alcance de este presidente gastado. Y lo peor es que tampoco al Congreso se le abren demasiadas opciones entre las que elegir, porque apostar por el abandono de Iraq supone asumir tantos y tan altos riesgos como obstinarse en mantener

allí la presencia militar.

Están en juego el prestigio, la autoridad de Estados Unidos y la estabilidad de una zona tan delicada como Oriente Medio. Y el tiempo que queda para articular y propiciar la ejecución de una política efectiva es demasiado corto. No los dos años que quedan del mandato de Bush, sino bastante menos, puesto que a mediados del año que viene, si no antes, el calendario político estará frenéticamente enfocado hacia las elecciones presidenciales y parlamentarias de noviembre del 2009.

Es un plazo corto para encaminar al país al cambio sustancial de ruta que necesita. Pero excesivamente largo para esperar a poder hacerlo con la serenidad y la efectividad que serían convenientes. Da tiempo a la posibilidad de que se produzcan alteraciones todavía de mayor gravedad en Iraq. Y para que la conflictividad en Oriente Medio evolucione en un sentido no precisamente conforme a los intereses de Estados Unidos. Lo dan a entender la presión de Hizbulah en Líbano y la radicalización de Hamas en Palestina. En ambos casos, con el apoyo de Irán y Siria, que están tomando posiciones a la vista del fracaso norteamericano en Iraq y en previsión de que acabe todavía peor. A lo que hay que añadir el hecho todavía más determinante de que Irán acreciente cada vez más su influencia en Iraq por medio de la mayoría chií.

La exigencia presidencial de que Siria e Irán desempeñen un papel constructivo en Iraq suena, pues, a ingenua. Sobre todo cuando Bush no ha prestado atención a las recomendaciones de la comisión Baker-Hamilton para remodelar toda la política respecto a Iraq, buscando una cooperación regional en la que los gobiernos de Teherán y Damasco deberían tener un lugar imprescindible.

En el discurso del pasado jueves sobre el estado de la Unión evitó entrar a fondo en el asunto de Iraq. Utilizó el recurso de hacer principalmente hincapié en temas internos. Dedicó una extensa primera parte a formular propuestas sobre el sistema de sanidad o el fomento de energías alternativas, como un "positivo programa para mejorar la vida cotidiana del pueblo norteamericano", sabiendo que se trata de asuntos sobre los cuales los demócratas tienen un interés

especial. Y que a la opinión no le son en absoluto indiferentes. El presidente vería con gusto que la actual legislatura derivara preferentemente hacia el debate sobre estas cuestiones. Y los mismos congresistas demócratas y varios republicanos están interesados en corregir, apretar y ganarle el pulso al presidente en este terreno. Pero lo de Iraq no perdona. Está ahí con las cifras cotidianas abrumadoras de muertos y heridos. Del caos y la hostilidad generalizada. Con la práctica imposibilidad de creer en avances políticos.

Y en esto el presidente está desesperadamente en falso. Tal vez sea la razón de que la última parte del discurso sobre el estado de la Unión consistiera en un triste repetirse a sí mismo, usando el repertorio de la fraseología de los mejores tiempos. Inapropiada y hueca en las actuales horas que rozan el dramatismo. A estas alturas, hablar de que "nuestra acción en el mundo hará más segura a nuestra nación" no es como para despertar entusiasta credibilidad. Más bien lo contrario. Y decir que "en Oriente Medio se decide la batalla ideológica de nuestro tiempo" incita a ponerse en guardia precisamente sobre los postulados que llevaron a la intervención en Iraq.

No está a nuestro alcance saber en qué planes militares se basa el envío de 21.500 soldados más a Iraq. Aunque sí se declara que el objetivo es dominar por lo menos el inmenso hervidero de violencia de Bagdad y la provincia de Anbar. En todo caso cuesta sustraerse a la alarma de que Bush siga enquistado y aplique a Iraq las palabras del 20 de septiembre del 2001, al calor de la provocación terrorista del 11-S. "No cederé. No reposaré. No dudaré en conducir esta guerra por la libertad y la seguridad del pueblo norteamericano".

El mensaje del presidente no ha sido bien recibido en el Congreso. Los demócratas, por boca de la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, y el jefe de la mayoría en el Senado, Harry Reid, rechazaron abiertamente el plan presidencial para Iraq. Y el comité de Asuntos Exteriores de la Cámara Alta concluyó que lo necesario es ver cómo se abandona Iraq a corto plazo.

En estas condiciones, Bush necesita imperiosamente obtener algún tipo de resultados positivos sobre el terreno. De no ser así, la desafección popular y la obstrucción parlamentaria llegarán a un punto crítico. Por ello adquieren suma importancia las afirmaciones del nuevo jefe de las tropas en Iraq, general David Petraeus, ante la comisión de Defensa del Senado. Ha sido realista y sincero al afirmar que lo que está por venir no será ni rápido ni fácil. Precisamente cuando no se dan en Estados Unidos las condiciones para conceder más tiempo y más paciencia después de cuatro años de confiar en el optimismo combativo de un presidente que sólo ha producido decepciones. Petraeus ha prometido que si los nuevos planes militares fracasan, lo comunicará sinceramente al Congreso. Un compromiso que penderá sobre Bush como la espada de Damocles. Y sobre el país, defraudado y escéptico.